

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario prosiguió su visita y llegó a la cibdad de Mérida”

p. 334-339

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

[CAPÍTULO CXLVI]

*De cómo el padre comisario prosiguió su visita y llegó
a la cibdad de Mérida*

Domingo siete de agosto salió el padre comisario antes del día de Ixmál, y andadas dos leguas largas de razonable camino, llegó muy de mañana a decir misa al pueblo y convento de Tikantó. Saliéronle a recibir un cuarto de legua muchos indios a caballo; hubo dos o tres bailes al uso de la tierra y muchas ramadas y música de flautas y trompetas; había junto al convento gran multitud de gente puesta en procesión, aguardando a que el padre comisario llegase y los bendijese. El pueblo es de mediana vecindad de indios mayas y de los mismos son los demás de la guardianía; hay en él una anoria con que sacan agua para todos, y sin ésta, hay algunos pozos para el mismo efecto. Luego, en diciendo misa el padre comisario, le vinieron a ver todos los caciques y le ofrecieron muchas gallinas y calabazones de miel, huevos, chile, calabazas, pitahayas y otras frutas. El convento, cuya vocación es de San Agustín, es pequeño, sin claustro; tiene dos cuartos hechos de cal y canto, en que hay cuatro o cinco celdas altas y la pieza del santísimo sacramento; pegada al convento está la ramada y capilla de los indios, en un bonito patio que tiene cuatro capillas como el de Ixmál. Hay en aquel convento una huerta pequeña, y en ella otra anoria, con que se saca agua para regar un gran platanar y otros árboles y hortalizas que en ella hay; está armada esta anoria debajo de una bóveda fuerte y vistosa. Moraban en aquel convento dos frailes, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente.

Martes nueve de agosto salió de Tikantó a los dos de la mañana, y andada legua y media de camino pedregoso, con una luna muy clara, llegó a un bonito pueblo de aquella guardianía llamado Zumá. Estaban los indios aguardando con bailes al pie de las ramadas que habían hecho, y con música de flautas y trompetas; agradecióselos y pasó adelante, y andada otra legua y media llegó al amanecer a otro buen pueblo llamado Canzahcab, de la guardianía de Cizomtún, donde se le hizo aún mejor recibimiento que en Zumá. Dioles también las gracias, y prosiguió su viaje; y andadas dos leguas largas de camino muy llano de piedras, llegó temprano a decir misa al pueblo y convento de Cizomtún. Saliéronle a recibir, una gran media legua, los indios principales de aquel pueblo y de otros de la guardianía, a caballo, con ramilletes de flores olorosas; había muchas ramadas y muy curiosas, a su modo, en las cuales estaban muchos indios con bailes y danzas, y allá, junto al convento, estaba el golpe de la

gente, que era sin cuento, así hombres como mujeres, chicos y grandes, vestidos todos de fiesta, los cuales llegaban a porfía a besar la mano al padre comisario, apretándose unos a otros, cada cual por llegar más presto, con una extraña devoción. Tenían allí todas las cruces y mangas de la guardianía, y había mucha música de flautas y trompetas, con la cual fiesta y acompañamiento entró el padre comisario en la iglesia; agradeciéndoles su devoción y voluntad, y acudieron luego todos aquellos principales con ofrendas de muchas gallinas y pollos, huevos, iguanas, pescado, pitahayas y otras frutas, y un cántaro de miel.

Es el pueblo de Cizomtún de mediana vecindad, de indios mayas, y de ellos mismos son los demás de la guardianía, gente toda muy devota de nuestro estado y hábito. Cae aquel pueblo tres leguas de un portezuelo del mar del norte, adonde acuden barcas a cargar de sal, gallinas y maíz, porque de todas estas cosas hay mucha abundancia en aquella comarca, como también la hay de venados, y de las cabrillas en cuyos buches se hallan las piedras bezahares, como atrás queda dicho.

El convento, cuya vocación es de Santa Clara, está acabado, con su claustro alto y bajo, dormitorios y celdas, labrado todo de cal y canto, y de bóveda, excepto las celdas que tienen el techo de madera, con sus azoteas muy fuertes; tiene también una iglesia, que por ser de las buenas de la Nueva España, se hace aquí de ella mención. Es el cuerpo desta iglesia de un cañón de bóveda, de ciento y setenta pies de largo y de cuarenta y dos de ancho, la capilla está labrada de cantería de lazos, y tiene de largo, desde el arco toral hasta el testero del altar mayor, ochenta y dos pies; el ancho es el mismo que el de la iglesia, y así, a buena cuenta, hay desde el altar mayor, hasta la puerta frontera de la iglesia, más de doscientos y cincuenta pies de hueco; el suelo del coro alto es también de bóveda, del mismo anchor y de treinta y nueve pies de largo. Sin esto tienen los indios su ramada y capilla en un buen patio, con cuatro capillas como en Tikantó y en Itzmal; hay una huerta en aquel convento, y en ella muchos naranjos, limas, limones y cidros, parras, granados, ciruelos, aguacates, guayabos, zapotes, pitahayas y cocos, y mucha y muy buena hortaliza, y riégase todo con agua que se saca con una anoria; moraban en aquel convento tres frailes, visitólos el padre comisario, y detúvose con ellos aquel día y el siguiente.

Jueves once de agosto salió de Cizomtún, poco después de media noche, y andada legua y media de camino ancho, llano y carretero, llegó a un pueblo de aquella guardianía, llamado Yobaín. Estaban a aquella hora juntos los indios, y recibieronle con muchas ramadas y bailes, y una cuadrilla de mochachos que con sus gritos y algazara regocijaban la fiesta;

hubo también música de flautas, y ofrecieron al padre comisario muchos ramilletes. Dioles las gracias, y pasó adelante, y andada otra legua y media del mismo camino carretero, llegó a otro pueblo mayor, de la misma guardianía, llamado Cinanché, donde fue recibido como en Yobaín, aunque con más ramadas, bailes y gente, interviniendo también música de trompetas; agradecióselos, y prosiguió su viaje, y andadas dos leguas del mismo camino, llegó aún antes que fuese de día a otro pueblo grande llamado Telchaque, de la guardianía de Mutul, en el cual asimesmo fue muy bien recibido y le ofrecieron muchos ramilletes. Pasó adelante, después de haberlos agradecido su devoción, y andadas otras dos leguas de camino llano, aunque angosto, llegó, al salir del sol, a otro buen pueblo de la misma guardianía de Mutul, llamado Uquí, donde halló toda la gente junta, puesta en procesión a la puerta de la iglesia, con mucha música de flautas y trompetas y canto de órgano. Diéronle muchos ramilletes de flores odoríferas y pasó adelante, y andada media legua, llevando detrás y delante muchos indios a pie y a caballo, llegó a decir misa al mismo pueblo y convento de Mutul; recibieronle con muchas ramadas, cruces, andas, música de flautas, chirimías y trompetas, y con muchos bailes y danzas, con mucho concurso de gente, así de los del pueblo sobredicho, como de los demás de la guardianía, todos los cuales son indios mayas. Acudieron luego los principales de toda ella con ofrendas de muchas gallinas y pollos, palomas, iguanas, pescado y huevos, pitahayas, miel y un carnero.

Es aquel pueblo de mediana vecindad de indios muy devotos, y hay en él, junto al convento, un *ku* o *mul* en que antiguamente hacían sacrificio a los ídolos; agora está hecho en lo alto dél un calvario, al cual suben por muchos escalones de piedra; han caído sobre él dos rayos, y hecho pedazos dos cruces, cada uno la suya; cosa cierto maravillosa.

El convento, cuya vocación es de San Juan Bautista, está acabado, con sus claustros alto y bajo, dormitorios y celdas, hecho todo de cal y canto, al modo del de Cizomtún; la iglesia no estaba acabada pero tenía levantadas ya las paredes de pie derecho. Hay en el claustro alto una sala en que está el santísimo sacramento, y abajo un baptisterio muy vistoso, con la puerta al patio, donde está la capilla y ramadas de los indios; el patio es encalado, con cuatro capillas a las esquinas, cercado de naranjos puestos por orden y concierto. La huerta del convento es muy buena; danse en ella muchas naranjas, limas, limones y cidras; danse zapotes, guayabas, plátanos, zulumuyes, pitahayas, granadas, cocos y la fruta que parece membrillos y las avellanas de las Indias, con que se purgan los españoles, como atrás se dijo. Riégase todo esto y la hortaliza con agua que se saca

con una anoria y de ella sale agua encañada a una pila que está a la puerta del patio, de donde la llevan las indias. Moraban en aquel convento tres frailes, visitólos el padre comisario y detúvose allí aquel día y el siguiente.

Sábado trece de agosto salió de madrugada de Mutul, y andada legua y media de camino muy pedregoso, llegó entre dos luces a un pueblo de aquella guardianía llamado Moxopip; recibieronle los vecinos con algunas ramadas y bailes y con música de flautas, y ofrecieronle ramilletes de flores; dioles las gracias y pasó adelante, y andada otra legua y media del mismo camino pedregoso, llegó a decir misa al pueblo y convento de San Bernardino de Tixkokob, donde asimesmo fue muy bien recibido con mucha más gente, más música, más ramadas y más bailes; acudieron luego los principales de la guardianía y ofrecieron al padre comisario gallinas, pollos, miel y otras cosillas. Es aquel pueblo de mediana vecindad, de gente muy devota, la cual con toda la demás de aquella guardianía son indios mayas; el convento es una casita pequeña, con el claustro y aposentos bajos, muy pobres y humildes, aunque hechos de cal y canto; en uno dellos tienen el santísimo sacramento, y sin esto hay en el patio su capilla y ramada para los indios, como en los demás pueblos; la huerta del convento aún no estaba cercada sino de palos y había en ella pocos árboles y poca hortaliza; riégase todo con agua que se saca de un pozo, con cierta invención a manera de anoria; los del pueblo tienen pozos para su sustento. Moraba en aquel convento un solo fraile viejo, visitóle el padre comisario, y detúvose allí todo aquel día.

Domingo catorce de agosto salió de Tixkokob el padre comisario a las dos de la mañana, y andada media legua de camino pedregoso llegó a un pueblo de aquella guardianía llamado Noló, donde le estaban aguardando los indios con ramadas, música y ramilletes, como en los demás pueblos. Dioles las gracias y prosiguió su viaje, y andadas dos leguas y media, no largas, llegó al salir del sol al pueblo y convento de San Francisco de Cumkal, donde se le hizo muy solemne recibimiento; había infinidad de gente, hombres y mujeres, vestidos todos de pascua y puestos en procesión; tenían tres o cuatro bailes al uso de la tierra y dos al castellano, hubo muchas cruces, ramadas, música de flautas y trompetas, y hacíanlo todo con tanto contento y alegría, que a todos provocaban a devoción; díjoles misa el padre comisario, y ofrecieronle después muchas gallinas, huevos, miel y melones, de los cuales se dan muchos y muy buenos en aquella comarca.

El pueblo de Cumkal es de mediana vecindad, y ellos y los demás de la guardianía son indios mayas, y gente muy devota; hay en Cumkal mu-

chos pozos, de los cuales, y de una anoria que está junto al patio del convento con dos pilas muy grandes, se proveen los vecinos de agua.

El convento es de los primeros que se hicieron en aquella provincia; está acabado, con su claustro alto y bajo, dormitorios y celdas; todo es de piedra y barro con poca cal, aunque encalado por de fuera; algunas de las celdas tienen los techos de bóveda y otras de madera, y en una dellas rezan los frailes y se guarda el santísimo sacramento. Pegado al convento está un buen patio encalado, con muchos naranjos puestos por orden y concierto, y en él está la capilla y ramada de los indios, como en los demás pueblos, y la escuela donde se enseñan a leer, escribir y cantar, con mucho cuidado y con gran curiosidad; lo cual no solamente se hace en todas las cabeceras donde hay conventos, sino también en todos los pueblos de visita, por pequeños que sean, porque en todos hay escuela y maestro de escuela y cantores para officiar las misas, los cuales rezan de comunidad el oficio de nuestra Señora y aprenden a leer y escribir y cantar canto llano y canto de órgano, y a tañer flautas, chirimías, sacabuches y trompetas, en todo lo cual hacen ventaja a los de todas las otras provincias de la Nueva España. No lejos de aquel patio de Cumkal hay un hospital, hecho de cal y canto y de azuteas, el cual, aunque se hizo para curar indios enfermos en él, no sirve desto, porque ellos quieren más curarse en sus casas; de la mesma manera es otro que se hizo en Itzmal. En el convento de Cumkal, hay una buena huerta en que se da mucha y muy buena hortaliza, muchas naranjas, limas, limones y cidras, granadas, uvas, plátanos, pitahayas, zapotes y algunos higos, todo lo cual se riega con el agua que se saca de otra anoria que está dentro del convento; en cuyo claustro había un coco muy alto y hermoso, que comenzaba ya a llevar fruto. Moraban en aquella casa tres frailes, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente.

Martes dieciséis de agosto salió de Cumkal el padre comisario, a las tres de la mañana, y andadas tres leguas de camino ancho y carretero, llegó a decir misa entre seis y siete a la cibdad y convento de Mérida. Salióle a recibir más de un cuarto de legua el gobernador de aquella provincia, con los oficiales reales y cabildo y toda la nobleza de aquella cibdad, con otros muchos vecinos; y en todo aquel espacio hubo muchos indios e indias que salían a verle vestidos todos de fiesta, los cuales sacaron un baile a su modo, con lo cual y con mucha música de flautas y trompetas, y con el acompañamiento sobredicho, llegó a nuestro convento, cuya vocación es de la asunción de nuestra Señora, donde se despidió del gobernador y toda aquella gente, y se fueron a sus casas en oyendo misa; acudió luego el obispo, y las dignidades y otros clérigos y seculares a visitar al padre

comisario, regocijándose mucho los unos y los otros con su llegada, que cierto era cosa de admiración muy grande ver que cuanto el virrey y los frailes rebeldes procuraban afrentarle y aniquilarle, tanto y mucho más era honrado y respetado en todas las demás provincias de toda suerte de gente, especial de las cabezas y mayores, y aun lo mesmo era en la de México de todos excepto de los sobredichos.

[CAPÍTULO CXLVII]

De la cibdad y convento de Mérida de Yucatán, y de algunos frailes que en él están enterrados

Es la cibdad de Mérida de Yucatán de trescientos vecinos españoles, de los cuales unos son encomenderos que tienen pueblos de indios en encomienda, otros mercaderes y tratantes, otros son oficiales, y otros cibdadanos que se sustentan de sus haciendas, que son estancias de vacas y yeguas, con algunas de cabras y ovejas, aunque pocos son los que viven de sólo esta granjería. Toda es gente política y bien hablada y tratada, muy devota de nuestro estado, pero no muy rica; las casas casi todas son de cal y canto, y de piedra y barro, con sus azuteas, aunque algunas hay cubiertas de teja, y otras (pero pocas) de paja; moran también en los arrabales muchos indios, así de los mexicanos que vinieron con los españoles cuando la conquista, como de los naturales de la tierra que han sido sus criados y conocidos. En esta cibdad residen de ordinario el obispo y el gobernador, por ser como es el riñón o corazón de toda la provincia, a donde más cómodamente que a otra parte pueden acudir los negocios y pleitos de toda ella, así de indios como de españoles. Está diez leguas de la mar y de un puerto que llaman Cizal, donde descargan las mercaderías que van de España y muchas de las que llevan de México, y de allí las llevan en carretas y arrias a Mérida, la cual en la lengua de los indios se llama Tihó porque está fundada en un asiento de un pueblo antiguo deste nombre. Vase haciendo en Mérida la iglesia catedral, la cual dicen que será de las buenas de toda la Nueva España; va muy fuerte, de tres naves de cal y canto de bóvedas labradas de lazos sobre pilares de sillería, con sus capillas a los lados, con dos torres muy altas, fuertes y vistosas; éstas estaban ya entonces acabadas y las dos naves de los lados, y faltaba por cerrar la de en medio. Por no estar acabada esta iglesia, se juntaban los españoles a misa y sermón y a los oficios divinos, a otra iglesia vieja,